
CONFIGURACIONES del fuero interno, entre la ‘vertiente ilustrada’ y la ‘vertiente romántica’. Jean Piaget, Sigmund Freud y Carl Schmitt.

*Configurations of the internal forum, between the
‘illustrated aspect’ and the ‘romantic aspect’.
Jean Piaget, Sigmund Freud and Carl Schmitt .*

FECHA DE RECEPCIÓN: 29/05/2018. FECHA DE ACEPTACIÓN: 21/06/2018.

CÓMO CITAR: Nívoli, S. “Configuraciones del fuero interno, entre la ‘vertiente ilustrada’ y la ‘vertiente romántica’”. Jean Piaget, Sigmund Freud y Carl Schmitt”.


Revista Crítica Año III N.º IV, pp. 24-35.

Dra. Soledad Nívoli

Centro de Estudios Periferia Epistemológica (Universidad Nacional de Rosario), Argentina

Facultad de Psicología (Universidad Nacional de Rosario), Argentina

Instituto Universitario Italiano de Rosario(IUNIR), Argentina

ISSN: 2525-0752 

RESUMEN

En el presente artículo exploramos las formulaciones de Jean Piaget, Sigmund Freud y Carl Schmitt acerca de la configuración del fuero interno. Con el propósito de construir un horizonte de discusión entre ellas, retomamos la tensión entre la ‘vertiente ilustrada’ y la ‘vertiente romántica’, coordenadas fundamentales de la cartografía moderna de la interioridad, tal como la elabora Charles Taylor. A partir de ello, señalamos el papel del grupo de pares (Piaget), del ‘yo’ como instancia mediadora (Freud) y de la reserva interna frente a lo político (Schmitt) en la conformación de la interioridad, estableciendo, por último, algunas zonas de contacto entre la psicología, el psicoanálisis y la teoría política.

PALABRAS CLAVE: Fuero interno- vertiente ilustrada-vertiente romántica- Piaget/Freud/Schmitt.

ABSTRACT

In this article we explore the formulations of Jean Piaget, Sigmund Freud y Carl Schmitt about the configuration of interiority. In order to fix a horizon of discussion, we will take some important elements from Charles Taylor and his modern cartography of the interiority, specially the tension between the Illustration and the Romanticism. From this, we point the role of the peer group (Piaget), of the “ego” as a mediating instance and of the internal reserve as opposed to the political (Schmitt) in the conformation of interiority, establishing, finally, different intersections between the psychology and the political theory.

KEYWORDS: Interiority- Illustration - Romanticism -Piaget/Freud/Schmitt.

Introducción

Me interesa sugerir aquí algunos puntos de contacto entre los abordajes psicológicos de Jean Piaget y Sigmund Freud y el trabajo politológico de Carl Schmitt con respecto a la configuración del fuero interno. Para lograr este cometido es imprescindible explicitar algunas coordenadas que nos permitan establecer un fondo de discusión entre nuestros autores e iluminen recíprocamente algunas de sus reflexiones sobre la configuración de la interioridad. El estudio de Charles Taylor (1996) acerca de la construcción moderna de la 'localización interior' nos ofrecerá algunas de esas coordenadas, ya que su abordaje pone nuevamente en conexión una zona de problemas compartidos por la psicología y la teoría política que con la fragmentación del campo epistémico de las ciencias humanas en el siglo XIX fueron desconociendo paulatinamente su horizonte común (Foucault, 1998: 334 y ss.).

Según la tesis sostenida por Taylor, subsidiaria en gran medida de la arqueología de las ciencias humanas foucaultiana y, más lejanamente, de los planteos historiográficos heideggerianos (Heidegger, 1964: 67 y ss.), el giro hacia el mundo interior que se inicia con Descartes en la época moderna, se lleva a cabo en oposición al 'logos óntico' del mundo griego, romano y medieval. Este giro o 'reflexividad radical', responsable de la construcción de un orden subjetivo y objetivo que ya no es posible encontrar en el mundo sino que se impone al mundo, adquirió con el correr del tiempo dos modalidades históricas bien definidas, enfrentadas teóricamente: la ilustración y el romanticismo. La primera, postula el principio de una razón desvinculada, originada en el interior del 'yo' y luego objetivada en la perspectiva de la tercera persona. La segunda, que Taylor hace surgir del 'planteo expresivista', sostiene la necesidad de la expresión del sí mismo, entendido aquí como profundidad radical, como inmensidad interior incalculable y como hondura imposible de conocer íntegramente.

La tensión polémica entre estas dos derivas nos permitirá ordenar esquemáticamente los planteos de Piaget, Freud y Schmitt acerca de la configuración del fuero interno. Por una parte, veremos que en Piaget la mencionada configuración parece superar la dicotomía entre las derivas de la localización interior (la ilustrada o la romántica), en tanto es la resultante del descubrimiento colectivo de la inmanencia de las normas que rigen los comportamientos.

En Freud, por otra parte, notaremos que el

gobierno del fuero interno, ejercido por el 'yo', se configura como una suerte de síntoma de la tensión entre el planteo ilustrado y el planteo romántico, ya que si bien está obligado a manejar las pasiones de modo instrumental para poder encontrar cierta armonía con el mundo exterior, deberá simultáneamente reconocer la inmensidad abisal del orden pulsional y su incapacidad para someterla completamente al orden de las razones.

Por último, advertiremos que Schmitt lee el proceso de configuración del fuero interno como un triunfo de la deriva romántica, ya que el resultado de la diferenciación entre 'lo interno' y 'lo externo' llevaría la huella de las reservas individualistas que conducen hacia el abismo de las pasiones privadas y hacia la reivindicación de la libertad individual, entendida como libertad de expresión. Estas reservas atentarían contra la posibilidad de construir un 'Estado con alma' y representarían el germen de la anarquía, destructora de todo orden político.

En los tres casos mencionados, las investigaciones acerca de la configuración del fuero interno conducen tanto al descubrimiento de los lazos que la interioridad mantiene con el mundo político como al cuestionamiento del individualismo liberal que resulta de la renegación de dichos lazos.

Configuración del fuero interno: las coordenadas de Charles Taylor

Publicado por primera vez en inglés en 1989 y traducido al castellano en 1996, *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna* del filósofo canadiense Charles Taylor, es un texto que busca en los diferentes hitos de la historia del pensamiento occidental indicios que le permitan reforzar la hipótesis de que el espacio subjetivo o fuero interno, sede de nuestra identidad e imprescindible para orientar nuestros compromisos, acciones y reflexiones, es el resultado del giro moderno desde el orden externo (denominado por Taylor 'logos óntico') hacia el orden interno o 'reflexividad radical'.

El arduo trabajo de reconstrucción histórica de los densos procesos de conformación de la identidad moderna que Taylor lleva a cabo allí, nos proporciona dos importantes orientaciones para el diálogo que pretendemos establecer en el presente artículo entre el ámbito de la psicología y el de la teoría política. Por una parte, en un sentido general, al emplazarse en una perspectiva historiográfica que considera inconmensurables y hasta opuestas la cosmovisión del 'logos óntico',

representada históricamente por Platón, y la cosmovisión centrada en la ‘comprensión de la localización’, inicialmente articulada por Descartes, nos ofrece una concepción de la revolución moderna centrada fundamentalmente en la constitución de un espacio interior, reservorio de pensamientos y sentimientos y sede, en adelante, de las grandes paradojas e interminables batallas epistemológicas y morales con o contra las que aún todos debemos lidiar. En este sentido, emplazar la ruptura de la modernidad en el proceso de construcción de un lugar interior (mente, alma o *psiquis*) que deberá subsidiariamente enfrentarse a la reconstrucción de los lazos con el entorno natural y humano profundamente debilitados a lo largo de este proceso, establece forzosamente un marco originario común a la reflexión teórica y a la intervención técnica tanto de la psicología como de la teoría política. Este marco originario común se podría resumir en un acuerdo de base tácito e indiscutido, una suerte de axioma compartido que a la vez se considera una obviedad: existe una localización interior.

La otra orientación del trabajo de Taylor que resulta relevante para nuestra indagación sobre los diseños de interior en Piaget, Freud y Schmitt es de carácter más específico y reside en la caracterización de las dos grandes derivas polémicas resultantes del axioma de la localización interior: la deriva ilustrada y la deriva romántica. Gracias a la descripción de sus postulados sobre el espacio interior que enfrenta a estas dos opciones, resulta posible tener una visión un poco más abarcadora de la “estela de la identidad moderna” (Taylor, 1996: 415 y ss.) que se mueve constantemente en la tensión, muchas veces considerada irresoluble, entre la “facultad del control racional desvinculado” de la Ilustración, iniciada por Descartes y continuada por los defensores de la neutralidad de la ciencia, por un lado, y por otro, la “facultad de autoarticulación expresiva” del Romanticismo, desarrollada en el siglo XVIII y continuada en el siglo XIX por los partidarios de la profundidad interior honda e incognoscible, sólo capaz de ser articulada desde la posición de la primera persona con atributos de sensibilidad artística.

Ambas orientaciones del abordaje de Taylor, la más general de la localización interior y la más específica de la tradición ilustrada y romántica, establecen, a nuestro entender, una correspondencia recíproca entre las preocupaciones epistemológicas, psicológicas y politológicas desarrolladas desde la modernidad. En el plano que luego será interés exclusivo de la epistemología, la nueva localización interior se postula como funda-

mento de la ciencia, en la certeza entendida como constructo resultante de un proceso reflexivo sobre la propia actividad de pensamiento pasible de ser ejercitada (practicada, revisada, criticada y rehecha) porque puede ser controlada (Taylor, 1996: 273); en el plano que luego será patrimonio exclusivo de la psicología, el ‘yo’ adquiere una posición central, convirtiéndose paulatinamente en un ‘arqueólogo de sí mismo’ y entendiéndose que su tarea, lo quiera o no, consiste en controlar instrumentalmente sus impulsos (en la deriva ilustrada) e intentar articular narraciones que logren expresar su espesura interior (en la deriva romántica); y en el plano que luego será territorio de las preocupaciones politológicas, la localización interior emergerá como punto de arranque del ‘atomismo político’, defensor de la libertad y de la autonomía personal, en constante tensión con las propuestas holísticas o comunitaristas. En estos tres planos, el epistemológico, el psicológico y el politológico, convertidos posteriormente en ámbitos disciplinarios bien diferenciados, repercutirán las paradojas instauradas por esta moderna localización interior, muchas veces siguiendo similares derroteros pero en completa indiferencia sistémica uno del otro, como oportunamente sentenciará Jürgen Habermas (1987: 427 y ss.).

En el plano epistemológico, el malestar filosófico que conmueve a la primera persona situada como la fuente responsable del correcto procedimiento para acceder a la certeza científica, radica en el hecho de que partiendo de la constatación acerca de la localización interior, debe necesariamente trascender de ella, traspasar sus límites y asegurarse un abordaje del mundo exterior que supere el atomismo de la conciencia singular, viéndose obligada a renegar de ella. Esta renegación del sujeto con cualidades particulares que da origen a la ciencia moderna, y que Lacan ha sabido conectar con la posibilidad de emergencia del psicoanálisis (Lacan, 1985: 834 y ss.), produce lo que habitualmente se conoce como situación paranoica del conocimiento: si “la objetividad radical sólo es inteligible y asequible a través de la subjetividad radical” (Taylor, 1996: 191), esta última deberá constituirse como una imagen vista desde la perspectiva de la tercera persona, es decir, como una entidad en el mundo. Pero por más trabajada que esté la voluntad de desvinculación de la primera persona con la tercera a la que da origen, lo cierto es que ambas coinciden en su localización interior, por lo que son dos instancias inseparables, una que se ve amenazada por su propia hondura incognoscible –la subjetividad radical–, la

otra que resulta de la “disciplinaria postura desvinculada del yo” (Taylor,1996:189) que tiene en su poder la capacidad de fijar las cosas como objetos de conocimiento –la objetividad radical. La lógica persecutoria (paranoica) estará, entonces, siempre latente, bajo la forma del exceso expresivista romántico (el abandono en la subjetividad radical) o del desierto ilustrado de la desvinculación (el abandono de toda subjetividad). Si el desafío de la modernidad es la construcción de un orden y no ya su mero descubrimiento, y si esta construcción tiene su fuente en el interior, es decir, en la postura de la primera persona concebida como tercera, la gran pregunta es, por un lado, cómo no ceder ante la tentación de sumergirse en el abismo de la inmensidad interior, que suspende todo compromiso con el mundo, y por el otro, cómo recuperar los vínculos subjetivos una vez producida la desvinculación sustentada por la fe en las ciencias.

En lo referente al plano psicológico y al político, que aquí nos interesa particularmente explorar para poder ubicar ciertas elucubraciones piagetianas, freudianas y schmittianas en lo referente a la constitución del foro interno y sus complejas relaciones con el mundo exterior, algunas paradojas centrales de la localización interior en sus dos versiones, la ilustrada y la romántica, pueden cifrarse, a nuestro parecer, en el problema moderno de la autoridad, tempranamente instaurado por la cuestión de la legitimación epistemológica que acabamos de precisar en el párrafo anterior.

Desde el punto de vista psicológico, se podría situar una de estas paradojas en el problema de la producción de autonomía, que veremos en el apartado siguiente a través del trabajo de Piaget sobre la construcción de la noción de ‘regla’ en los niños (Piaget, 1932/1974). Eso nos permitirá revisar brevemente algunos momentos cruciales del desarrollo psicogenético que señalan puntualmente el pasaje de un modo heterónimo de existencia a un modo autónomo de colaboración entre pares que, curiosamente, se olvida casi por completo en la vida adulta. Parte de este olvido tendría que ver, siguiendo a Taylor, con la solidificación, en el sentido común del período de entreguerras (que es el momento en el que Piaget realiza sus investigaciones relativas a la construcción moral), de un modelo de madurez arraigado en la ética de la desvinculación y el autocontrol racional que no obstante mantiene intacta la interpretación sagrada de las reglas del juego social. Aquí la paradoja es que cuanto más desvinculado de sí mismo y de

los otros se sienta el sujeto, cuanto más cerca se encuentre de cumplir con los requisitos del modelo imperante del individualismo liberal autogestionado, más heterónimo será, porque estará capacitado para cumplir con los requisitos del modelo, pero no para cuestionar su propia legitimidad.

La otra paradoja del plano psicológico en lo referente al problema de la autonomía, se situaría en la producción de una exploración de sí y de una narración de la propia naturaleza interior derivadas del ‘planteo expresivista’, que veremos más abajo a partir del psicoanálisis freudiano. Desde el presupuesto de la profundidad interior, que requiere para su exploración de una postura en primera persona que en adelante será ‘portavoz’ de la identidad, la pregunta que se instala es la de la autonomía y la originalidad de la articulación efectiva de las profundidades del sujeto. La interioridad del planteo expresivista, distinta de la agustiniana que conducía a algo superior, se pierde en su propia profundidad inagotable y sólo puede ser recuperada por la voz que está en nosotros. Por lo tanto, es a partir de este movimiento hacia una honda interioridad que la expresión se convierte en central, puesto que es la vía para que eso interior pueda salir hacia la superficie y pueda ser articulado. No obstante, el problema que surge con este presupuesto es justamente el de la administración del relato: ¿cómo deben articular los individuos su mundo interior? ¿Cuáles son las manifestaciones fundamentales y cuáles las accesorias? ¿Qué fenómenos deberían considerarse o desecharse? ¿Por medio de qué procedimientos deberían estructurarse? Si cada uno tiene una inmensidad inexplorada en su interior, y esa inmensidad, según el mandato romántico, debe ser expresada ¿cuáles serían las modalidades de su exploración? Y esas modalidades, ¿deberían ser enseñadas por algún especialista (el artista por ejemplo) o solo se trataría de descubrir la facultad expresiva que cada uno dispone?

En la elaboración psicoanalítica, estas preguntas encuentran sus respuestas tanto en el plano teórico como en el campo de la práctica (su terapéutica). En la teoría, el lugar y la función de la autoridad encuentran su articulación compleja en una instancia que debería ser, al mismo tiempo que el control ejercido sobre uno mismo –resabio, como señala Taylor, del agente desvinculado de la razón instrumental (Taylor,1996: 190) -, el reservorio de la autonomía: nos referimos al ‘yo’. En *El yo y el ello*, obra fundamental sobre el diseño del fuero interno, Freud (1923/1984: 1-63) explora

los diferentes compromisos de esta instancia mediadora y sus diferentes 'servidumbres'. Desde el punto de vista de la práctica, el lugar del médico, es decir, del psicoanalista, es análogo al del 'yo'. Freud lo compara con la función del gobernante (el 'monarca constitucional'), que debe atender constantemente a las demandas provenientes de varios frentes al mismo tiempo que ve sensiblemente restringida su autonomía y seriamente cuestionada su legitimidad como figura de autoridad.

Desde el plano politológico, la paradoja que instituye la localización interior con respecto al problema de la autoridad, se ha visto tempranamente formulada y adquiere la forma de una tensión constitutiva entre el atomismo político derivado del sujeto desvinculado e independiente (representado por el liberalismo), y el llamado al compromiso de participación del humanismo cívico, fundado en la virtud (representado en ciertos aspectos por el republicanismo). Lo que ya no se puede desconocer desde la modernidad, es que el giro reflexivo hacia la interioridad ha erosionado para siempre el sentido natural de sometimiento de los individuos a los designios de la comunidad y, por ende, la aceptación indiscutida del lugar revelado asignado a la autoridad. En adelante, ni la comunidad ni la autoridad podrán darse por sentadas, sino que deberán someterse a diferentes arbitrajes, según el procedimiento de construcción del lazo político que se proponga, y según la dinámica impuesta por la alternancia entre momentos revolucionarios, o de disputa sobre los fundamentos, y momentos regulares, o de conservación del orden conseguido. En el apartado dedicado a la lectura schmittiana del *Leviatán* de Hobbes, nos proponemos destacar sus formulaciones de este problema, sobre todo a partir del análisis que realiza Schmitt sobre el proceso moderno de distinción entre fuero interno y fuero desde una perspectiva que denominamos de 'deconstrucción *avant la lettre*' del mismo. En este proceso, Schmitt verá levantarse un frente de críticas al mito político del Leviatán como símbolo del Estado, formado por diferentes defensores del fuero interno. Y si bien en ellos advierte sensibles diferencias, su punto común, además del rechazo al incomprendido dios mortal que intentó ser el Leviatán de Hobbes, es la defensa de un mundo secreto e inaccesible que parece perfilarse según el planteo romántico.

Piaget: la reciprocidad entre pares en la configuración del fuero interno

En una serie de investigaciones recientes,

Daniel Feierstein (2011, 2012, 2015) recupera desde la sociología los aportes de Piaget para pensar las matrices psicogenéticas de los procesos de elaboración de lazos de reciprocidad y cooperación, históricamente considerados subversivos y generalmente reprimidos con ferocidad. Retoma principalmente las conclusiones de una de sus primeras investigaciones, realizada durante los años 1930 y 1931 y publicada en 1932, acerca de la génesis infantil de la noción de regla y de juicio moral, que circuló en español bajo el título *El criterio moral en el niño*. Más allá de los aportes teóricos que esta recuperación le prodiga a sus propias indagaciones (los aportes de Piaget resultan fundamentales para comprender algunos de los motivos de la práctica social del genocidio, entendido como destrucción de los lazos de cooperación y reciprocidad entre pares), consideramos importante destacar los beneficios de la operación metodológica que da origen a este redescubrimiento de Piaget y de su potencia filosófica. Porque de hecho, fue la lógica sistémica de distribución disciplinaria y el desarrollo de la especialización de los saberes los que se encargaron de clausurar, muchas veces de modo imperceptible, toda posibilidad de apertura de la obra de Piaget, confinada a la psicología y a la psicopedagogía, a otros ámbitos del pensamiento.

Habilitada la vía de comunicación entre la psicología piagetiana y las elaboraciones sociológicas gracias a las investigaciones de Feierstein, nos resultó mucho más sencillo advertir las importantes repercusiones que podían llegar a tener los trabajos de Piaget en el ámbito de las reflexiones políticas. En este apartado, dedicado a desarrollar sucintamente ciertos aspectos de la paradoja de la construcción de autonomía desde el plano psicológico, repasaremos algunas de sus conclusiones para luego sugerir puntos de diálogo con Freud y con Schmitt.

Lo que Piaget descubre a partir de las investigaciones que dieron origen a *El criterio moral en el niño*, sumadas a las conclusiones de sus trabajos anteriores (1923, 1926), es que existen fundamentalmente tres reglas de conducta en los seres humanos. En primer lugar, las reglas motrices, que comandan la relación con el mundo exterior en los primeros meses de vida. Luego, las reglas coercitivas, egocéntricas, resultantes de la presión exterior y del respeto unilateral a la figura de autoridad (representada por el que prodiga los cuidados) que gobiernan la relación del niño con el mundo hasta los diez u once años. Por último, las reglas racionales, de cooperación, surgidas a partir del respeto mutuo entre pares. Estas tres

reglas corresponden a tres momentos de maduración muy diferentes, y el pasaje de unas a otras supone una gran revolución y una reacomodación a los nuevos esquemas y a las nuevas adquisiciones. De hecho, Piaget reconoce dos grandes discontinuidades en el desarrollo psicogenético del niño: la primera de ellas se produce cuando la actividad motriz originaria se ve interrumpida en su automatismo por la intromisión del cuidado adulto; la segunda se produce con el pasaje desde un tipo de relación con el mundo sustentado en el respeto unilateral a los adultos, hacia un tipo de relación sustentada en el respeto mutuo y construida en base a la libre discusión entre pares.

En *El criterio moral en el niño*, Piaget se enfoca principalmente en la segunda discontinuidad, considerándola fundamental para la efectiva individualización del niño, esto es, para la conquista de su autonomía. En este momento crucial, que Piaget sitúa alrededor de los doce a los catorce años, se produce una importante experiencia de pasaje desde la etapa del egocentrismo heterónomo, basada en la obligación, en el respeto unilateral y en el misticismo de la regla (1932/1974:78), a la etapa autónoma, caracterizada por la cooperación entre pares. Dicha experiencia, que originariamente es grupal y recién después se convierte en una importante conquista individual, se revela crucial a la hora de aquilatar las consecuencias políticas que se pueden llegar a extraer de sus investigaciones psicológicas. En efecto, es gracias a este momento que el niño puede reconocerse como un yo diferente de su entorno. La construcción de su interioridad subjetiva es fruto de su nueva situación con respecto a la autoridad de los adultos y a la naturaleza totalmente diversa del respeto, que a partir del reconocimiento del grupo de pares y gracias a los lazos de reciprocidad, se convierte en respeto mutuo. En ese sentido, es debido a esa sociabilidad que los niños adquieren la medida de su autonomía. Desde el punto de vista intelectual, la capacidad de distinguir y reconocer la parte que corresponde a la propia individualidad y la correspondiente a las realidades comunes, se logra sólo si existe igualdad y reciprocidad. Piaget sostiene que “[p]ara cooperar es necesario ser consciente de su yo y situarlo en relación con el pensamiento común” (1932/1974:78), y que, inversamente, el yo es el resultado de dicha cooperación. En ese sentido “La cooperación es un factor de personalidad si entendemos por personalidad el yo que

se sitúa y se somete, para hacerse respetar, a las normas de reciprocidad y la discusión objetiva.” (Piaget, 1932/1974: 80)

Creemos que es posible apreciar, en la importancia otorgada por Piaget a esta experiencia de pasaje, un abordaje peculiar de la paradoja de la localización interior que estamos intentando explorar en sus diferentes derivas, tanto psicológicas como politológicas. Consideramos que esta peculiaridad reside, al menos, en dos aspectos centrales. Por una parte, en un aspecto que podríamos caracterizar como estrictamente psicológico, y que se liga a sus descubrimientos sobre las diferentes etapas de la infancia (etapa motriz, etapa egocéntrica, etapa autónoma) que implican un complejo derrotero en la constitución del sí mismo autónomo y que, a diferencia de la mayoría de los abordajes psicológicos del siglo XX, incluye como momento imprescindible la elaboración grupal de la instancia personal.

“Consideramos importante destacar los beneficios de la operación metodológica que da origen a este redescubrimiento de Piaget y de su potencia filosófica”

Por otra parte, la peculiaridad del abordaje de Piaget reside en otro aspecto, al que podríamos caracterizar como eminentemente político. Al señalar como una de las etapas de la configuración del fuero interno la elaboración grupal de la instancia personal, en la cual experimentamos la construcción de la autonomía en un colectivo de pares, cumple una *función activadora*. El hecho de recordarnos que al menos una vez en nuestra experiencia vital hemos experimentado el pasaje desde la realidad sagrada e intangible de la regla a su fabricación por el consentimiento mutuo y la cooperación, ligado a la felicidad de haber adquirido carta de ciudadanía como igual junto a un grupo de pares, podría llegar a reactivar las ‘fuentes de cooperación’ o los ‘motores de reciprocidad’ para la fabricación de nuevos lazos en un mundo a menudo experimentado como desértico y atomizado. Dicha *función activadora* no sería en absoluto estéril, ya que muchos de nosotros vivimos cotidianamente como si aún estuviéramos en la etapa egocéntrica, dominados por relaciones de respeto unilateral y sometidos a reglas que parecieran ser sagradas, intangibles, trascendentes y eternas.

En este marco, la construcción del fuero interno, más que acogerse a alguna de las de-

rivas de la localización interior (la ilustrada o la romántica) parece sostener, desde la perspectiva de la ciencia -Piajet nunca cejó en defender que lo que él hacía era eminentemente científico- que es posible superar dicha dicotomía emplazando la estructuración subjetiva en el seno de una experiencia colectiva de la inmanencia de la regla. Eso permitiría, probablemente, imaginar alternativas diferentes a la clásica disyuntiva entre una 'sociedad desarticulada' (la del individualismo derivado de la 'vertiente ilustrada') o una 'comunidad totalitaria' (la derivada de la 'vertiente romántica') (Alvaro, 2014).

Freud: el "yo" como instancia mediadora del fuero interno

Al comienzo de *Psicología de las masas* (1921/1996), Freud establece la existencia de un piso compartido por la psicología individual y la psicología social. Desde su perspectiva, es gracias a la experiencia de la sociabilidad humana -abordada aquí a partir del fenómeno de las 'masas artificiales', la iglesia y el ejército- que resulta posible desentrañar la dinámica imperante en la interioridad de cada uno de nosotros. El fenómeno de las masas interesa especialmente a Freud porque en cierta medida representa para él un testimonio viviente del resabio histórico de la 'horda primitiva', aquella mítica banda de hermanos comandada por la figura de un padre omnipotente. Lo que la masa pone en evidencia como analizador de una insondable interioridad psíquica, es la doble ligazón de los individuos: por un lado, con el líder, que estaría colocado en el lugar que Freud llamará 'ideal del yo' y que luego se convertirá en el 'superyó', instancia crítica y sancionadora; y por otro lado, subsidiariamente, con la comunidad de los pares (los otros 'yo'), a los que se reconoce como tales por el amor -o eventualmente el odio- prodigados al líder.

A lo largo del desarrollo de los temas, y ajustándose a una premisa anunciada desde su introducción, se ve a Freud sustentar la tesis de la anterioridad sociogenética y psicogenética del esquema de la horda -que sus críticos denominarán esquema trágico o edípico (Deleuze, 2005)- a partir del cual el sujeto diseñará, aunque en principio no de modo deliberado sino heredado, su propio mundo interior. Eso conduce a Freud a subrayar que el hombre no es un 'animal gregario' (como podría llegar a sostener Piajet), sino más bien un 'animal de horda', que eventualmente podrá matizar el esquema monárquico, elitista o aristocrático sobre el que se bosqueja su personalidad, pero

que a fin de cuentas deberá aceptarlo casi como un dato incontestable de la realidad.

El análisis de la dinámica psíquica a partir del fenómeno social de las masas conduce a Freud a replantearse su primer diseño del aparato anímico, en el que se distinguían tres instancias: el consciente, el preconscious y el inconsciente. En *El yo y el ello* (1923/1984), Freud alcanza la construcción conceptual de su segunda tópica, caracterizada por nuevas instancias y distintas denominaciones. En adelante, dominarán la escena el 'ello', el 'superyó' y el 'yo'. Este último en particular asumirá una serie de funciones y sentidos bastante inéditos, que nos interesa someramente analizar aquí a partir de las tres analogías que utiliza Freud para su esclarecimiento.

En primer lugar, Freud compara al 'yo' con un monarca constitucional, expresando la analogía en los siguientes términos:

Nuestras representaciones sobre el yo comienzan a aclararse, y a ganar nitidez sus diferentes nexos. Ahora vemos al yo en su potencia y en su endeblez. Se le han confiado importantes funciones, en virtud de su nexo con el sistema percepción establece el ordenamiento temporal de los procesos anímicos y los somete al examen de realidad. Mediante la interpolación de los procesos de pensamiento consigue aplazar las descargas motrices y gobierna los accesos a la motilidad. Este último gobierno es, por otra parte, más formal que fáctico; con respecto a la acción, el yo tiene una posición parecida a la de un monarca constitucional sin cuya sanción nada puede convertirse en ley, pero que lo piensa mucho antes de interponer su veto a una propuesta del Parlamento. El yo se enriquece a raíz de todas las experiencias de vida que le vienen de afuera; pero el ello es su otro mundo exterior, que él procura someter. Sustrahe libido al ello, transforma las investiduras de objeto del ello en conformaciones del yo. Con ayuda del superyó, se nutre, de una manera todavía oscura para nosotros, de las experiencias de la prehistoria almacenadas en el ello. (1923/1984: 55-56)

Como vemos, lo que caracteriza al 'yo' no es precisamente la autarquía, tampoco lo es el despotismo o la tiranía. El yo no puede ser autónomo, arbitrario o caprichoso, porque no es la fuente ni el origen de aquello que gobierna, sino que por el contrario, es un mero producto, una especie de función emanada del fuego cruzado entre los impulsos ciegos de la libido sexual y los preceptos morales heredados por la vía familiar. Atrapado en medio de intereses contradictorios, recurre a

todo tipo de artilugios para obtener cierto equilibrio, con el fin de congraciarse tanto con el poder legislativo (correspondiente al superyó) como con el poder de la opinión pública (correspondiente al ello), siguiendo la imagen del estadista que en la argumentación de Freud, aparece asociada a la del monarca constitucional: “[c]on su posición intermedia entre ello y realidad sucumbe con harta frecuencia a la tentación de hacerse adulator, oportunista y mentiroso, como un estadista que, aun teniendo una mejor intelección de las cosas, quiere seguir contando empero con el favor de la opinión pública.” (1923/1984: 57)

La otra analogía que utiliza Freud para explicar las características del ‘yo’, y que a primera vista puede tomar por sorpresa, es la que lo compara con el lugar del psicoanalista en la experiencia de un análisis. En sus propias palabras:

Como ser fronterizo, el yo quiere mediar entre el mundo y el ello, hacer que el ello obedezca al mundo, y —a través de sus propias acciones musculares— hacer que el mundo haga justicia al deseo del ello. En verdad, se comporta como el médico en una cura analítica, pues con su miramiento por el mundo real se recomienda al ello como objeto libidinal y quiere dirigir sobre sí la libido del ello. No sólo es el auxiliar del ello; es también su siervo sumiso, que corteja el amor de su amo. (1923/1984: 56)

Si bien esto se encuentra en relación con las complejas puntualizaciones freudianas acerca del manejo de la técnica psicoanalítica que no interesa desarrollar aquí, es relevante subrayar que a través de esta comparación queda explicitada no solamente la debilidad relativa del “yo” como conductor del fuero interno, entendido este último menos como una máquina que como un animal demoníaco, sino también la debilidad relativa del médico, ubicado en la escena psicoanalítica en un lugar similar al del debilitado jinete y obligado a soportar, a lo largo del tratamiento, la densa red de resistencias y los sucesivos cuestionamientos a su autoridad que el analizado le presenta.

Por último, la analogía general del ‘yo’ como ‘vasallo’ o ‘siervo’ (Freud, 1923/1984: 49 y ss.), que engloba a las otras dos, pone en evidencia el hecho de que el ‘yo’ freudiano, más que un simple ‘agente desvinculado de la razón instrumental’ tal como lo pretende Taylor (1996:190), sería una suerte de síntoma de la tensión constitutiva entre

la deriva ilustrada y la deriva romántica. En efecto, al tratar de desempeñar su función sintética, no hace más que resaltar la tensión fundamental entre ambas derivas, una de las cuales pretende el fortalecimiento del yo como instancia de control de sí, la otra de las cuales reconoce el peligro de movilizar a los dioses del infierno.

Vemos así desplegada, en la propia instancia del yo, la versión más descarnada de la paradoja de la localización interior y de la construcción de autonomía: el yo nunca podrá liberarse de sus diferentes servidumbres porque ha nacido en el seno de la tensión entre instancias racionales de

“Vemos así desplegada, en la propia instancia del yo, la versión más descarnada de la paradoja de la localización interior y de la construcción de autonomía”

control e instancias irracionales de pulsión. Entre ellas, no puede elegir una sin sentir la constante demanda de la otra, viéndose por lo tanto constreñido a convertirse en escenario de batallas interminables que, a lo sumo, podrán firmar momentáneos tratados de paz pero que siempre, de manera constante, estarán amenazadas por el peligro de la sedición.

Carl Schmitt: germen y derivas del fuero interno como reserva interna frente a lo político.

Hemos llegado hasta este punto con la promesa de facilitar algunas vías de contacto entre la psicología, el psicoanálisis y la politología, en lo que hasta ahora ha sido una exploración enmarcada en la cartografía de la localización interna bosquejada por Taylor. Nos toca en el presente apartar recuperar algunos pasajes de la obra de Carl Schmitt que a nuestro entender nos proporcionarán elementos claves para detectar los derroteros de las paradojas de la autoridad y la autonomía desprendidas de la tensión entre razón desvinculada y planteo expresivista.

Con ese propósito, elegimos trabajar el *Leviathan o La Teoría del Estado de Tomas Hobbes* (Schmitt, 1938/2002), donde puede percibirse con sumo detalle el trazado de una suerte de mapa histórico-arqueológico del surgimiento y consolidación de una localización interior o fuero interno en el seno de la ardua lucha conceptual hobbesiana por imponer la imagen del Leviatán como modelo del Estado.

Teniendo en cuenta este problema, nos in-

teresa reparar, por empezar, en la operación hobbesiana reconocida por Schmitt. Según el jurista, Hobbes abrió una ventana fatal para la supervivencia de su propio mito al haber habilitado un lugar para las “reservas individualistas indesarraigables” (Schmitt, 1938/2002: 54). Estas reservas, formuladas en el apartado referido a los milagros, legitiman la oposición entre la fe interna y la confesión externa y por consiguiente, aceleran la distinción entre lo privado y lo público a partir de la cual germinará ‘fatalmente’ la fuerza indomeñable de la anarquía, enemigo inveterado del Leviatán.

Luego, nos parece importante repasar la estrategia historiográfica de Schmitt, que hace emerger de esta germinal reserva hobbesiana una serie de oposiciones al Leviatán. Estas formarán un verdadero frente de defensores de la interioridad, que si bien no tienen demasiado en común, concuerdan en oponerse al monstruo estatal, y promover su destrucción.

Finalmente, nos proponemos discutir la línea filiatoria que conecta el fuero interno como reservorio de anarquía con lo que Schmitt denomina el *pathos* liberal, considerado como la única deriva posible de la vertiente ilustrada. Advertiremos que, a pesar de esta filiación, en su genealogía de la muerte del Leviatán y del desprestigio teórico de Hobbes, lo que se revela como fatal para este mito del Estado no es precisamente el yo del liberalismo –que si seguimos en este punto a Piaget, es más bien el yo egocéntrico, aún sometido a la obediencia heterónoma- sino más bien el yo del romanticismo, el del abismo insondable de la interioridad que desata sus lazos con el mundo común.

Comencemos por explicitar uno de los resultados más salientes de la investigación histórico-conceptual emprendida por Schmitt en el *Leviathan*, que resulta particularmente orientador para nuestro trabajo. Se trata de lo reconocido allí como el ‘punto vulnerable del Leviatán’, que encuentra su fuente en la formulación de “reservas individualistas indesarraigables”, consentidas por el propio ingeniero de la maquinaria estatal al aceptar la libertad de creencia para el fuero interno. Desde esta perspectiva, dicha aceptación implicaría al menos dos cosas: por un lado, que frente al poder estatal cada uno puede guardarse para sí un territorio de autonomía, identificado a partir de allí con el mundo interior, alma o psiquis, dotado de singularidad y conectado con un más allá del mundo común; por otro lado, que bajo el poder estatal cada uno se someterá y obedecerá sólo *externamente*, acogiéndose a las regulaciones

comunes como un actor teatral lo hace con su rol en la obra de turno, es decir, en comportamiento o forma pero no en alma o materia.

Parece natural, por consiguiente, que Schmitt entienda esta reserva como el germen fatal de la destrucción del alma del Leviatán y que sea posible compararla con la momentánea apertura de una ventana en medio de la tempestad (1938/2002: 27). Al fin y al cabo, la distinción entre lo interno y lo externo, aunque haya penetrado de modo casi imperceptible en el sistema político del Leviatán desde su propia gestación, representará desde su perspectiva histórico-política, el punto de fractura entre el diseño moderno de un ‘Estado con alma’ proyectado por Hobbes, y el posterior estado agnóstico y neutral de los siglos XIX y XX, un Leviatán al que le han arrancado sus entrañas para repartirlas en el fuero interno de los individuos y al que han convertido en un poder vacío y sin alma.

No obstante, hay algo en medio de la concatenación efectuada por Schmitt que podría llegar a cuestionar la aparente naturalidad de su razonamiento. Veamos las cosas más de cerca. Reparemos, en primer lugar, en el carácter apodíctico de la demostración que ofrece al referirse a los resultados históricos de la distinción entre lo interno y lo externo:

Una vez admitida la distinción entre el fuero interno y externo, ya es cosa decidida, por lo menos en potencia, la superioridad de lo interno sobre lo externo y, por consiguiente, de lo privado sobre lo público. (...) El que acepta en principio la oposición entre lo interno y lo externo reconoce de antemano la superioridad de lo interno frente a lo externo, de lo invisible sobre lo visible, del silencio frente al ruido, del allende frente al aquende. (Schmitt, 1938/2002: 62)

En realidad, nada indica que la propia distinción incline necesariamente la balanza hacia lo interno en detrimento de lo externo. Es verdad que, como sostendrá Taylor, el *onus* del argumento, es decir, el esfuerzo, lo tendrán que hacer aquellos que quieran vencer el dualismo instaurado por la comprensión de la localización que ha distinguido de una manera aparentemente irrevocable entre un espacio exterior y un lugar interior (Taylor, 1996: 262). Pero eso no conduce ‘fatalmente’ a la superioridad de lo interno sobre lo externo o de lo allende frente al aquende, como sostiene Schmitt en su lectura de Hobbes. Después de todo, el germen de la distinción entre un interior y un exterior, que Taylor, junto a una larga tradi-

ción historiográfica, coloca en Descartes, no lleva en absoluto a esa superioridad interior, sino todo lo contrario: conduce por una parte a la razón desvinculada, al racionalismo instrumental y a la moderna ciencia natural matemática, exitosa en gestar un mundo exterior unificado y entendido como plenamente cognoscible (por lo menos hasta los planteos relativistas de las primeras décadas del siglo XX); pero también puede conducir, por otra parte, a la fuerte autoconciencia de la inmanencia de la regla y al reconocimiento del carácter convencional de los procedimientos de construcción colectiva del mundo común.

Si nos volvemos ahora a la siguiente operación historiográfica de Schmitt, quizás encontremos finalmente la clave para develar el sentido de sus asertos. Se trata del reconocimiento de un frente crítico pro-individualista que desde el siglo XVII al XX se alza en contra del ‘dios mortal’, configurando un espectro amplio de oposiciones diversas pero concurrentes a la idea de la superioridad del fuero interno, reservorio de la moral, sobre el externo, territorio del derecho y de la política:

Toda la gama de reservas diversas, innumerables e indesarraigables, del fuero interno frente al externo, de lo invisible frente a lo visible, de la opinión íntima frente a la conducta externa, lo secreto frente a lo público, la quietud frente al ruido, la esotérica frente al lugar común, se confabulan ahora sin orden ni concierto, formando un frente que, sin gran esfuerzo, tiene arrestos suficientes para derrotar al mito del Leviathan entendido en sentido positivo y convertirlo en triunfo propio. (Schmitt, 1938/ 2002: 62)

Este frente está formado por personajes diversos, verdaderos adalides de la libertad individual internamente localizada, que en la ojeada histórica de Schmitt se vuelven modelos prototípicos, como ‘el judío’, ‘el ilustrado’, ‘el masón’, ‘el luterano’ y ‘el romántico’. Todos ellos, a pesar de sus diferentes historias, estilos, tácticas y actitudes confluyen en un aspecto fundamental: su hostilidad hacia la imagen del Leviatán identificado como símbolo del Estado. Pero también se encuentran compartiendo otros rasgos fundamentales, como son los de no soportar la idea de que su propio fuero interno sea considerado un elemento más en el mundo, no admitir la invasión de los poderes externos sobre la soberanía del mundo interior, no consentir la plena publicidad del secreto

que anida en el interior de cada uno y no soportar la idea de doblar el reservorio de anarquía que reside en cada individuo a los requerimientos disecados del racionalismo instrumentalista estatal. Con un frente conformado de esta manera, que comparte semejantes características, es fácil considerar como obvia la superioridad histórica alcanzada por el interior con respecto al exterior, teniendo en cuenta además que desde Hobbes se reconoce la peligrosidad del “caos indomeñable que alienta en su misma médula, es decir, en los individuos” y que es el de la “fuerza anárquica revolucionaria del estado de naturaleza” (Schmitt, 1938/2002: 21). Pero semejante evaluación histórica de la inevitable ‘superioridad de lo interno sobre lo externo’ una vez producida dicha distinción, únicamente puede producirse bajo el influjo de la deriva expresivista cristalizada en el romanticismo. Pareciera, entonces, que la potencia del prototipo del romántico del siglo XIX es la que

“Todos ellos, a pesar de sus diferentes historias, estilos, tácticas y actitudes confluyen en un aspecto fundamental: su hostilidad hacia la imagen del Leviatán identificado como símbolo del Estado”

finalmente domina la evaluación schmittiana del ‘frente crítico pro-individualista’. El romanticismo de la interioridad insondable, impenetrable, infinita, desconocida y políticamente neutral, tan atacado por Schmitt en sus trabajos, se revela finalmente como el comandante de su diagnóstico sobre la ‘muerte fatal’ del mito del Estado.

Conclusión

A lo largo de este trabajo nos propusimos analizar las configuraciones del fuero interno en Piaget, Freud y Schmitt con vistas a explorar algunas zonas comunes entre la psicología, el psicoanálisis y la teoría política. Para ello retomamos el trabajo de Charles Taylor acerca de la construcción de la identidad moderna, lo que nos permitió establecer un horizonte de discusión y evaluar las diferentes versiones de dicha configuración a partir del esquema conceptual polémico ‘ilustración’ vs. ‘romanticismo’.

Pudimos constatar, en los tres casos analizados, que sus investigaciones sobre la configuración del fuero interno polemizaban con un modelo cristalizado del ‘sí mismo’, el del individualismo liberal, reactivando las conexiones –muchas veces problemáticas– entre las preocupaciones psicológicas por el espacio interior y las preocupaciones

politológicas por la vida común.

Por el lado de Piaget, vimos que lo que habitualmente se entiende por libertad individual, esto es, la ausencia de coerción exterior hacia los propios intereses, no es más que una visión deformada por el mundo adulto de la etapa de la niñez correspondiente al egocentrismo, al respeto inculcado por las figuras de autoridad (padres y educadores) y a la consideración del origen sagrado de las reglas del juego. Según las investigaciones de Piaget, en la génesis del fuero interno esa no es más que una etapa anterior al momento de pasaje hacia la de cooperación autónoma, basada en el respeto mutuo, en la destitución y el cuestionamiento de la autoridad y en el descubrimiento del carácter consensuado de las reglas. Es a partir del encuentro con el grupo de pares, de igual a igual y en situación de reconocer el carácter construido, temporal y acordado de las reglas del juego, que resulta posible dimensionar algo de la autonomía y de la medida del 'sí mismo' en medio de un mundo. Por todo eso hemos considerado que los descubrimientos de Piaget recuperaban una de las posibilidades fundacionales de la localización interior moderna, la de la asunción del carácter inmanente y el origen fraterno de los acuerdos de intercambios en el mundo de lo común, que la ligan a los derroteros de la 'invención democrática' (Lefort, 1990: 187 y ss.).

Por el lado de Freud, hemos visto que lo que habitualmente se entiende por libertad individual, es decir, por autocontrol y reinado del 'sí mismo' en la propia mansión del fuero interno, no es más que una ilusión destinada a desconocer el arduo trabajo y el desgaste que significa para el 'yo' equilibrar las distintas fuerzas en pugna. A partir de su segunda tónica, en la que se distingue el 'yo', el 'ello' y el 'superyó', Freud concibe al fuero interno como el resultado del trabajo constante del 'yo' por conquistar progresivamente el control del mundo de las pulsiones otorgándoles, no obstante, cierta satisfacción; y por cumplir con las consignas morales, muchas veces implacables, del 'superyó'. La serie de analogías en la que se ubica a la 'instancia del yo', formada por la figura del monarca constitucional y la del psicoanalista, se construye considerando dos de las profesiones que Freud caracterizará como 'imposibles': psicoanalizar y gobernar, planteando así una fisura constitutiva en esta instancia, que demostrará la ingenuidad del planteo liberal. Por todo eso hemos considerado que el 'yo' freudiano era más bien el síntoma de las dos vertientes históricas de la localización interior, la ilustrada y la romántica.

Sin desconocer la importancia del control instrumental del que está cargado el representante del 'sí mismo', no puede menospreciarse la fuerza del abismo interior, esa caverna oscura e infinita del mundo pulsional que busca expresarse y articularse.

Por el lado de Schmitt, advertimos que las consecuencias inexorables del reconocimiento del fuero interno, cuyo germen se encuentra en el diseño hobbesiano del *Leviatán* como reserva individualista frente al poder exterior, son las derivaciones despolitizadas y neutralizadas del individualismo liberal, economicista y tecnocrático, de los siglos XIX y XX. Vimos que en la construcción de su genealogía, la distinción entre lo interno y lo externo figuraba como antecedente directo de la supremacía de lo secreto, lo íntimo y lo trascendente, frente a lo público, lo común y lo inmanente. Por todo eso, hemos considerado que el diagnóstico schmittiano relativo a la localización interior estaba teñido por la vertiente romántica considerada en su caso como irremediable y como su único modelo de estructuración.

El individualismo de corte liberal que Schmitt ve originarse en la pequeña abertura hobbesiana hacia la hondura interior, es el blanco explícito de las articulaciones piagetianas, freudianas y schmittianas del fuero interno. Tanto Piaget como Freud se preocuparon especialmente en denunciar la falacia y la artificiosidad de concebir un fuero interno desligado de las determinaciones y los intercambios impuestos por el entorno familiar y social, al punto que podríamos llegar a decir que sus particulares 'diseños de interior' se estructuran oponiéndose punto por punto al ideal liberal de sujeto desvinculado y 'autogenerado', proponiendo así un sujeto político. En el caso de Schmitt, la crítica se dirige hacia la extensa tradición originada en Hobbes y desarrollada por los defensores de la reserva interior, la fuente directa en la cual abrevará el estado neutral del siglo XIX y XX, con su sociedad ampliamente 'despolitizada' (Schmitt, 1998).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- Alvaro, D. (2014). *El problema de la comunidad: Marx, Tönnies, Weber*. Buenos Aires: Prometeo.
- Deleuze, G. (2005). *Derrames. Entre capitalismo y esquizofrenia*. Buenos Aires: Cactus.
- Elias, N. (1987). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: F.C.E.
- Feierstein, D. (2011). *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina. Hacia un análisis del aniquilamiento como reorganizador de las relaciones sociales*. Buenos Aires: F.C.E.
- Feierstein, D. (2015). *Juicios. Sobre la elaboración del genocidio II*. Buenos Aires: F.C.E.
- Feierstein, D. (2012). *Memorias y representaciones. Sobre la elaboración del genocidio*. Buenos Aires: F.C.E.
- Foucault, M. (1998). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. México: Siglo XXI.
- Freud, S. (1923/1984). "El yo y el ello." *Obras Completas*. Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1921/1996). "Psicología de las masas y análisis del yo." *Obras completas*. Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Habermas, J. (1987). *Teoría de la acción comunicativa. Crítica de la razón funcionalista*. Vol. 2. Madrid: Taurus.
- Heidegger, M. (1964). *La pregunta por la cosa. La doctrina kantiana de los principios trascendentales*. Buenos Aires: Sur.
- Hobbes, T. (1980). *Leviatan o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*. México: F.C.E.
- Lacan, J. (2009). "La ciencia y la verdad." *Escritos*. Vol. 2. México: Siglo XXI.
- Lefort, Claude (1990) "Democracia y advenimiento de un 'lugar vacío'." *La invención democrática*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Meier, H. (2008) *Carl Schmitt, Leo Strauss y el concepto de lo político*. Buenos Aires: Katz.
- Piaget, Jean (1932/1974) *El criterio moral en el niño*. Barcelona: Fontanella.
- Piaget, Jean (1926) *La représentation du monde chez l'enfant*. Paris: PUF.
- Piaget, Jean (1923) *Le Langage et la pensée chez l'enfant*. Paris: Delachaux et Niestlé.
- Schmitt, Carl (1963/1985) "Teoría del partisano." *El concepto de lo político*. México: Folios.
- Schmitt, Carl (1927/1998) *El concepto de lo político*. Edición de Rafael Agapito. Madrid: Alianza.
- Schmitt, Carl (1923/2000) *Catolicismo romano y forma política*. Madrid: Tecnos.
- Schmitt, Carl (1938/2002) *Leviathan o la Teoría del Estado de Tomas Hobbes*. Buenos Aires: Struhart & cía.
- Taylor, Charles (1996) *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*. Barcelona: Paidós.